

La amistad

SILVIA FINOCCHIO | silvia.finocchio@gmail.com

Facultad de Filosofía y Letras – Universidad Buenos Aires

La amistad fue un componente esencial de mi paso por la Facultad entre los años 1977 y 1982. Formé parte de la primera promoción que, en dictadura, tuvo que rendir examen para ser admitida en la Universidad. La puerta de ingreso también tenía sus barreras. Para entrar a la Facultad debíamos mostrar una libreta azul de tapa dura que contenía nuestra foto y datos personales además de las calificaciones obtenidas. Podría aludir a la práctica de algunos profesores y sería sencillo para mí referirme al autoritarismo docente expuesto en el aula magna de Independencia donde una profesora de Historia de Oriente se regodeaba anunciando unos, dos y tres a granel como resultados de un parcial que solo aprobaba el veinticinco por ciento de los cursantes. O del profesor de Economía que usaba un sobre todo de pelo de camello que apoyaba sobre sus hombros como si fuera una capa y zapatos lustrosos que hacía resonar estruendosamente mientras caminaba por el aula, y al que un ayudante –como un paje– le sacudía cada tanto el polvo de tiza de su imponente abrigo. O de la profesora de Prácticas de la Enseñanza que exigía a las chicas con pelo crespo ponerse unas cuantas hebillas que lo alisara o el corte de barba y de pelo a los chicos, requisitos ambos para poder hacer las prácticas en un colegio público en el que oficiaba de Vicerrectora. Podría mencionar también contenidos y bibliografía de las materias y lo que nos estaba vedado al punto de ser considerados posteriormente por parte del claustro docente como una generación perdida. Y también hechos dolorosos como el de cobijar y ver partir a una amiga al exilio a poco de iniciar la carrera o padecer la detención de un compañero en el propio seno de la Facultad.

En esta ocasión, y a esta altura de mi vida, quisiera traer a la superficie un tesoro de mi paso por la Universidad en tiempos difíciles: una amistad entrañable y fraternal entre cuatro compañeros. Mi experiencia de amistad tiene mucho en común con la gestada entre jóvenes en los espacios de formación en diferentes épocas. Pero también tiene algunos rasgos que la distinguen. Nos unió el profundo interés por la historia, el tiempo intenso de estudio compartido y los diálogos en torno a las clases de los profesores, nuestros apuntes y los libros. Pero no fue solo eso. También, un sentimiento profundo de confianza y protección entre nosotros. Formábamos un grupo de dos chicas y dos chicos. Nos sentábamos siempre juntos, hasta en las últimas materias. En nuestro anecdotario siempre recordamos que compartíamos *Cerealitas* durante las clases que uno de los cuatro siempre traía. Lo singular para mí es que esa amistad se forjó en el marco de una socialización estudiantil impedida de una interacción amplia y espontánea. Había motivos para la restricción. Nos llamaban la atención algunos compañeros de bigotitos, pero también algún rubio de pelo largo al que sospechábamos de servicio o aquellos que cursaban, pero nunca rendían exámenes finales. Se dice que la amistad es una conversación que se retoma en cualquier momento y lugar. Para mí es un vínculo íntimo y apegado

desde hace casi cincuenta años de modo ininterrumpido. Me refiero a una amistad forjada entre cuatro compañeros en tiempos en los que para cruzar el umbral de la Facultad y persistir en la carrera se necesitaba compañía.



De izquierda a derecha: Avina Celotto, Guillermo Mira, Silvia Finocchio y Gustavo Paz.



Avina Celotto y Silvia Finocchio.